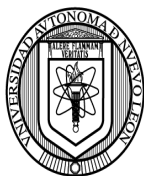


Revista de Ciencias Sociales

Transdisciplinar

Vol.1 Núm. 2 Enero-Junio 2022

ISSN: 2683-3255



UANL®

CENTRO
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Transdisciplinar

Revista de Ciencias Sociales

Abordajes sobre el análisis de las élites políticas
de México y Nuevo León

Approaches on the analysis of the political elites
of México and Nuevo León

Luis Enrique Pérez Castro
Universidad Autónoma de Nuevo León Monterrey, México
<https://orcid.org/0000-0002-3674-3389>

César Morado Macías
<https://orcid.org/0000-0002-6696-6989>

Fecha entrega: 14-3-2022 Fecha aceptación: 29-4-2022

Editor: Beatriz Liliana De Ita Rubio. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2022, Pérez Castro Luis Enrique. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/transdisciplinar1.2-3>

Email: luisenrique.perezcastro@gmail.com cesarmorado614@gmail.com

Abordajes sobre el análisis de las élites políticas de México y Nuevo León

Approaches on the analysis of the political elites of México and Nuevo León

Luis Enrique Pérez Castro¹

César Morado Macías²

Resumen: En este trabajo se presentan los resultados de la examinación detallada sobre diferentes investigaciones relacionadas con las élites políticas a nivel nacional y regional. Mediante la triangulación de datos se identificaron las principales líneas temáticas y metodológicas de los estudios más representativos del área en las últimas décadas; el objetivo es reconocer las alternativas para posibles aproximaciones en el ámbito local. A través de éste se reconoce la pertinencia de recuperar a las élites políticas como un objeto de estudio para el contexto geográfico inmediato debido a su relevancia en la estructuración del sistema político contemporáneo, a partir de criterios como su composición interna, formas de socialización, sistema de valores e interacción social.

Palabras clave: teoría de las élites, élites mexicanas, historiografía.

1 Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). Monterrey, México.

2 Profesor-investigador de tiempo completo. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL). Monterrey, México.

Abstract: This paper presents the results of a detailed examination of different research related to political elites at the national and regional levels. Through the triangulation of data, the main thematic and methodological lines of the most representative studies in the area in the last decades were identified; the objective is to recognize the alternatives for possible approaches at the local level. Through it, the relevance of recovering political elites as an object of study for the immediate geographical context is recognized due to their relevance in the structuring of the contemporary political system, based on criteria such as their internal composition, forms of socialization, system of values and social interaction.

Keywords: Elite theory, mexican elites, historiography.

Introducción

Los estudios sobre las élites cuentan con una larga trayectoria dentro de la sociología, la ciencia política, la antropología cultural y la historia. Como objeto de estudio resulta sumamente atractivo para diferentes investigadoras e investigadores debido a, entre otros aspectos, su visibilidad pública, el rol que desempeñan dentro del sistema político, su influencia en el ámbito económico, así como su composición y dinámica interna. Además de estos criterios, la disponibilidad de fuentes representa una ventaja metodológica para su análisis, a diferencia de otros sujetos sociales tradicionalmente asociados a un contexto de marginación o subalternidad (Arellano Ríos, 2018; Imízcoz Beunza, 2009).

En América Latina se aprecia una tendencia similar en el que se atienden las particularidades sociopolíticas y culturales de la región, siendo un tema en constante actualización (Estrada Álvarez y Puello-Socarrás, 2006; Mancilla, 2006; Busquets, Sarlo y Delbono, 2015). En este trabajo se llevó a cabo una pormenorizada examinación de diferentes estudios relacionados con el tema de las élites políticas mexicanas, en general, y de Nuevo León en lo particular en el transcurso del siglo XX.

Esta revisión busca responder a las siguientes interrogantes: ¿las propuestas teóricas predominantes sobre las élites han orientado los estudios a nivel nacional y local?, ¿cuáles han sido los principales abordajes temáticos sobre las élites en México y Nuevo León?, ¿qué aspectos metodológicos destacan en estas propuestas?, ¿qué otras posibilidades analíticas pueden desarrollarse?

De esta forma, el presente trabajo se divide en tres apartados. En el primero se plantean los postulados de las principales teorías que han fungido de base para explicar el fenómeno de las élites, mismas que han sido retomadas por los trabajos latinoamericanos: clásica y neolitaista o contemporánea; de manera conjunta se exponen los rasgos generales del concepto de élite. Posteriormente, se lleva a cabo una aproximación historiográfica en torno al tema de las élites en el México contemporáneo.

Por último, se presentan los resultados obtenidos en el proceso señalado con anterioridad; para ello se recurrió a la triangulación de datos pues permite verificar y comparar la información de diferentes niveles –temporal, espacial o personal-, recabada a través de varias fuentes (Okunda y Gómez-Restrepo, 2005; y, Alzás, Casas, Luengo, Torres y Verissimo, 2016).

Una vez realizada la validación de información, se recurre al agrupamiento de datos como auxiliar de la triangulación para reconocer los rasgos comunes entre los datos y la vinculación entre éstos. En relación con lo anterior, la triangulación permite visualizar el fenómeno desde diferentes ángulos, reconociendo la complejidad del mismo al no limitarse a una sola perspectiva.

Perspectivas teóricas y conceptuales sobre las élites

En términos generales, la teoría de las élites se constituye por un conjunto de elementos que buscan explicar las formas de distribución del poder político en las sociedades liberales contemporáneas. Su principio básico es el de reconocer que a lo largo de la historia siempre ha existido una minoría gobernante,

pero los fundamentos de esa concentración de poder sobre la mayoría han variado de acuerdo con diferentes momentos históricos y contextos socioculturales. En este sentido, se identifican dos grandes tendencias interpretativas: la escuela clásica italiana y la norteamericana.

El contexto en que se desarrolló la teoría clásica para el estudio de las élites fue particularmente significativo. Sus máximos representantes –Mosca, Pareto y Michels (Bolívar, 2002)-, experimentaron una serie de cambios económicos y políticos que influyeron en su percepción y explicación de la realidad social. No sin un dejo de pesimismo, estos autores percibían en el cambio de siglo una modificación elemental en las formas de organización política y, por ende, en la disputa y conservación del poder.

Los intelectuales italianos, y hasta cierto punto Michels (alemán), provienen de una generación que fue incapaz “de aprehender el verdadero sentido de las convulsiones de la Europa” de finales del siglo XIX y principios del XX, “viven la decadencia de la sociedad y civilización occidentales [...] y el advenimiento de un nuevo tipo totalmente distinto de sociedad: la sociedad industrial y de masas” momento que consideraban “el fin de una época ‘dorada’ de la civilización occidental” (Morán, 1993, pp. 134 y 138).

Por otro lado, desde finales de los años treinta y hasta principios de los setenta del siglo XX, surgieron diferentes debates teóricos acerca de la distribución del poder político en Estados Unidos, pues diferentes científicos sociales norteamericanos consideraron que las propuestas de Mosca, Pareto y Michels difícilmente podrían ser replicadas al pie de

la letra en escenarios distintos a los que se desarrollaron: una Europa en la que la aristocracia liberal se encontraba en plena decadencia, la multiplicación de movilizaciones colectivistas y devastada por la guerra (1914-1918). Del otro lado del océano, Estados Unidos se mantuvo relativamente ajeno de lo sucedido en Europa, desarrollando un orden radicalmente opuesto: un sistema democrático consolidado y una economía en expansión.

Debido a la diversidad epistemológica con que se desarrollaron ambas tendencias, y a las particularidades de cada uno de los autores, su revisión se planteó a partir de tres dimensiones analíticas -sociológica, politológica e histórica-, con el fin de atender los diferentes elementos que constituyen esta teoría y llevar a cabo su abordaje desde una perspectiva transversal.

a. *Dimensión sociológica*

El desarrollo de la teoría de las élites, tanto la corriente clásica como la neELITISTA, parte del principio de asimetría social pues, aparentemente, todas las sociedades están divididas entre un sector dispuesto para gobernar y otro para ser gobernado. Para Bobbio (2014), este argumento ha sido sostenido por diferentes pensadores para diferenciar el orden político del natural, asociados con los ámbitos público y privado, respectivamente. El primero de los casos está definido por la relación subordinada gobernantes-gobernados, convirtiendo prácticamente a cualquier sociedad política en desigual (Bobbio, 2014, pp. 15-17).

Carasa (2001) identifica a Mosca y a Pareto como parte de ese sector aturdido por la inminente caída del *statu quo*, por lo que las interpretaciones de los autores fueron inspiradas por

dicho proceso. Los califica como aristócratas de extracción liberal interesados por llevar a cabo un análisis científico de la realidad a partir de sus propias nociones culturales y políticas. Insiste en que los trabajos de los sociólogos italianos eran una advertencia para la sociedad europea frente a “las grandes utopías igualitarias sociales del momento, bien fueran la socialista o bien la democrática, en las que veían un peligro consistente en que la masa acabará imponiéndose a la minoría” (pp. 213-214).

En primera instancia, la teoría clásica de las élites sostiene la idea de que la desigualdad es natural e inherente a todas las sociedades debido a las condiciones físicas y psicológicas particulares de los seres humanos, lo que se traduce en una dimensión material: riqueza y poder político. Guiados por el evolucionismo social –aspirando a convertir la ciencia política en otra ciencia natural–, estos autores sentenciaban que los más aptos se encontrarían en condiciones de dirigir al colectivo en pro de la supervivencia general. Así, históricamente se ha constituido una división “entre grupos dominantes y subordinados como un hecho universal e inalterable, ‘observación realista’ que conduce de manera deliberada a la naturalización de la desigualdad del poder” (Busquets, Sarlo y Delbono, 2015, p. 60).

Por tanto, a partir de esa división se establece un sector minoritario de individuos considerados como “los más aptos (‘mejores’) para dirigir y gobernar al resto” (Busquets, Sarlo y Delbono, 2015, p. 57), denominado élite, que cuenta con diferentes recursos, tanto objetivos (riqueza, acceso a estudios profesionales) como subjetivos (inteligencia, vínculos familiares, etc.). Además de las cualidades personales (liderazgo, carácter, iniciativa, etc.), esa minoría cuenta, como conjunto, con una ventaja de tipo estratégico:

la organización. A diferencia de la masa amorfa, la élite identifica entre sus miembros objetivos comunes que le permiten dirigir sus esfuerzos en una misma dirección.

Para esta teoría, la élite es un grupo bien organizado que “puede lograr lo que la mayoría no puede: comprensión mutua y una acción concertada”, así “el éxito y el poder de la minoría dominante radican en que es una minoría organizada en contraposición con una mayoría desorganizada” (Bolívar, 2002, p. 388). Precisamente por esa desestimación a las masas se ha calificado a la de las élites como una teoría conservadora, no sólo por asegurar el dominio de una minoría sobre el grueso de la población, sino también por negar la capacidad organizativa, incluso intelectual, a las masas para tomar decisiones en los asuntos públicos.

En ese sentido, es evidente la polarización entre una minoría que “gobierna la cosa pública actuando con racionalidad y autoorganización” y una “mayoritaria masa irracional, orgánica y voluble” ante los cambios ocurridos en la sociedad (Busquets, Sarlo y Delbono, 2015, pp. 56-57). Como parte de sus argumentos, Mosca (1939) y Pareto (2018) refutan la posibilidad de una sociedad igualitaria puesto que, como se señaló anteriormente, concebían una división minoría-mayoría a lo largo de la historia. Dentro de sus análisis “confesaban la imposibilidad de una igualdad teleológica, del tipo de la propuesta por el marxismo” ya que argüían “que siempre habrá una nueva élite o una diferente clase política que suceda a la anterior” (Carasa, 2001, p. 216) rechazando toda posibilidad de una sociedad igualitaria.

Finalmente, un aspecto que comparten los teóricos es la idea de la circulación o renovación de las élites, entendida como la sustitución periódica de quienes integran la élite. Aunque se

profundizará más adelante en el sentido que cada autor asigna al concepto, vale decir que consideran a este proceso como un elemento fundamental en sus respectivos análisis, ya que la renovación le permitirá a la élite seguir existiendo como grupo dominante, pues nuevos miembros –que acceden desde adentro o desde afuera-, ofrecerán nuevas herramientas y cualidades que aumenten las posibilidades de mantener el poder.

Por otro lado, las teorías de las élites en Estados Unidos trataron de dar explicación a los cambios políticos, ideológicos y, principalmente, económicos experimentados tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, puesto que estaba en juego la hegemonía mundial de dos proyectos, el capitalista y el comunista, mismos que representaban dos relaciones diferentes entre el poder político y el poder económico sobre la sociedad; estas teorías se desarrollaron a partir de tres supuestos. Primero, la interpretación relativamente optimista de que en Occidente “la convergencia de la movilidad social en los países industrializados, que pone el énfasis en la existencia de generalizados procesos de ascenso social y progreso material por parte de distintas clases sociales” y, por consecuencia, “la tendencia por parte de amplios sectores de la población a justificar el desigual sistema de distribución de recursos y recompensas” (Benedicto y Morán, 2009, p. 171).

En otras palabras, la organización social dependía directamente del desarrollo industrial y económico en cada país, siendo Estados Unidos el máximo representante, frente a una economía estatizada y poco competitiva como la de la URSS, donde la movilidad era prácticamente inexistente. El segundo supuesto es que, derivado de la situación económica se genera la distribución del poder político en sectores específicos de la

sociedad, mismos que se autoproclaman como defensores del modelo capitalista-liberal-democrático: empresarios, militares y algunos intelectuales (economistas, ingenieros y abogados), a diferencia, nuevamente, del sistema soviético en que la clase política dictaba el rumbo de la economía.

Por último, el hecho de que cualquier proyecto económico “primero debe ganarse a la élite en un solo país, luego este país debe ejercer o tener la oportunidad de adquirir un grado de liderazgo mundial y, finalmente, la élite del país debe estar motivada y debe aprovechar la oportunidad para difundir el nuevo mensaje económico” (Hirschsman, 2014, p. 316), ya fuera capitalista o comunista. Los teóricos norteamericanos sobre la élite se basaron en este discurso maniqueo, pero matizando los supuestos mencionados, por lo que se generaron múltiples perspectivas, distanciándose unas de otros en los años 50 y 60.

b. Dimensión politológica

Otro de los ejes articuladores de la teoría de las élites es el asociado con la distribución y retención del poder político. En cuanto al primer aspecto, ambas tendencias lo resuelven atribuyendo a “los mejores” el acceso al poder político; sin embargo, sería en la forma de permanecer en una posición preeminente en la que se manifiestan diferentes perspectivas entre los teóricos.

Mosca (1939) planteó que, sin importar la forma de gobierno *siempre* ha existido una minoría dominante que se encarga de ejercer el poder político sobre una clase mayoritaria que acata los mandatos de aquella. A ese reducido sector lo nombró *clase política* o *gobernante*, la cual

[...] es siempre la menos numerosa, realiza todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que ello trae consigo; mientras que la segunda [clase, la mayoría], más numerosa, es dirigida y regulada por la primera, de un modo más o menos legal, ya más o menos arbitrario y violento, y ella le provee, al menos aparentemente, de los medios materiales de subsistencia y de aquellos que para la vitalidad del organismo político son necesarios (Mosca, 1939, p. 50).

Así, no todos pueden mandar, pero la mayoría tiene que obedecer; la pregunta que naturalmente se desprende de este postulado es ¿quiénes pueden gobernar y quiénes no? El autor señala que cada sociedad a lo largo de la historia ha identificado características especiales en algunos de sus miembros, reconociéndoles la capacidad –moral, intelectual y/o material-, de tomar decisiones por el resto.

Aunque Mosca hace referencia a sociedades tradicionales, propone trasladar ese criterio a un contexto más contemporáneo en el que la formación profesional es un medio regular para acceder a puestos políticos. Además de tener cierto control sobre la información y el conocimiento, la minoría dominante procura generar herramientas que les permitan cumplir funciones específicas en la administración pública. La educación formal, entonces, se convierte en una ventaja estratégica para quienes pretenden incorporarse o permanecer a la élite política de sus respectivas sociedades (Mosca, 1939).

Pese a la identificación de cualidades específicas en sus integrantes, la élite no pervive sólo por este único elemento. En contraposición a las “masas”, esta minoría gobernante cuenta con una capacidad de organización que le permite llevar a cabo metas

comunes. Mientras que las mayorías se encuentran dispersas, la élite logra encontrar puntos de acuerdo, para con ello establecer estrategias, administrar recursos, alcanzar el poder y ejercerlo en conjunto. La coordinación de la que habla Mosca se logra a través de lo que denomina *fórmula política*, la cual permite afinidad entre sus integrantes. Este postulado se entiende como “aquellas inspiraciones culturales, religiosas, económicas, etcétera, de carácter ideológico” que constituyen el “principio de soberanía y legitimación de una clase política que se sustenta en ellas” (Mosca, 1939, p. 169).

Por su parte, Pareto (2013), además de poseer cualidades psicológicas para dirigir a la sociedad –revisadas previamente con Mosca-, hay otras condiciones que podrían tener los integrantes de la élite. Detecta que los parientes, la riqueza y las relaciones son elementos que permiten llevar a algunas personas a la cúspide política. Debido a la heterogeneidad en su composición, la élite requiere una estructura interna en que un líder o un comité que establezcan la dinámica del grupo; en última instancia, este rasgo les permite mantener la cohesión y aumentará sus posibilidades de subsistencia (Pareto, 2013).

En este sentido, Pareto señala que el mejor vehículo que tiene la élite prolongue su estancia en el poder es la circulación entre sus integrantes, especialmente cuando entra en una etapa de decadencia. Dicha circulación puede ser violenta o pacífica. En el primer caso, la élite puede sentirse amenazada ante el ascenso de líderes nuevos, ya sea que provengan de la masa o del interior de la misma élite. Así, se genera una pugna entre líderes jóvenes, externos o internos, y veteranos, valiéndose de diferentes recursos en el enfrentamiento.

Si la circulación es pacífica, también hay dos vías para lograrlo. La primera es a través de los procesos electorales; personas reconocidas por sus cualidades son seleccionadas por la población para formar parte del gobierno y tomar decisiones en su representación, aunque los divisionismos políticos corromperían el procedimiento. La otra opción es el reclutamiento directo de nuevos miembros; aunque no detalla el procedimiento para realizarlo, sí especifica que deben ser los mejores en su área, y deben aportar nuevas ventajas a la élite en la persecución del poder. Pareto (2013) destaca la importancia de la circulación, ya que permite la transformación lenta pero constante de la élite, además de que reduce la posibilidad de revoluciones al fomentar la movilidad social, y crea un clima de estabilidad que favorece a los grupos dominantes.

A través de la formación y el funcionamiento de los partidos políticos a principios del siglo XX, Michels (2001) sentenció una *ley de hierro de la oligarquía*: en toda asociación de individuos se forman líderes que dirigen las acciones colectivas. Esta ley tiene tres componentes esenciales: la importancia de la organización al interior de los partidos, la formación de liderazgos y la situación de las masas, aunque sólo se hará referencia a los dos primeros.

En este sentido, la organización es entendida como la distribución de tareas específicas al interior de un grupo, así como la interacción entre individuos para que cumplan con dichas labores. Sin embargo, en este proceso se forma una distinción entre dirigentes y dirigidos, siendo los primeros los responsables de que los subordinados realicen sus respectivas actividades. Eventualmente esta división se agudiza conforme

se expande y complejiza la organización, al grado que los fines originales por los que fue creada la asociación pasan a segundo término, priorizándose la necesidad de mantener la organización como tal (Michels, 2001).

La formación de liderazgos está relacionada a diferentes situaciones al interior de la organización política. En primera instancia, a la monopolización del conocimiento técnico sobre la dirigencia del partido, es decir, concentrar habilidades de negociación, discursivas, de persuasión, que le permitan al líder conducir la toma de decisiones (Morán, 1993; Bolívar, 2002). Por otro lado, el autor alemán identifica una “necesidad psicológica” en las masas por el liderazgo, a las que califica de “incompetentes”, “apáticas”, “sumisas” y propensas a la sugestión (Michels, 2001, p. 98).

En la mayoría de los casos, los individuos que conforman la oligarquía del partido acceden a esa posición a través de mecanismos democráticos (elecciones) apoyados por la base militante. Sin embargo, una vez instalados comienza una notoria separación entre los líderes y las masas, situación que resulta peligrosa al existir la latente posibilidad de convertir a la dirigencia en dictadura o conducir a las masas a una rebelión. Al respecto, el autor insiste en que dentro de cualquier organización debe existir un equilibrio pues, aunque se requiere cierta continuidad en los liderazgos como signo de estabilidad, también han de haber periodos regulares de movilización, reduciendo así la presión social y la independencia de los líderes (Carasa, 2001; Cisneros, 2014).

De esta forma, los líderes veteranos buscarán integrar nuevos miembros en la burocracia a su cargo y subordinarlos a su dirigencia; en el mismo sentido, líderes y aspirantes tratan de

usar a su favor a las masas, ya sea para desprestigiar a su oponente mediante la opinión pública, o movilizar el voto para acceder a una posición en el partido o el gobierno. Sin embargo, aunque las elecciones y el ascenso de nuevos prospectos promete mejorar el escenario político, afirma que “es muy raro que la lucha entre los viejos líderes y los nuevos termine con una derrota completa de los primeros”, pues éstos buscan postergarse cuanto puedan en el poder negociando con los aspirantes, o reclutándolos en cargos burocráticos, por lo que el resultado “ya no es una *circulation des élites*, sino una *reunión des élites*” (Michels, 2001, pp. 206-207), es decir, una fusión de nuevos y viejos líderes.

En el caso de Burnham, postula que en Estados Unidos y Europa se estaba desarrollando una revolución en la que el sistema capitalista tradicional llegaría a su fin. Como parte del proceso, la clase dominante, entendida como “un grupo de personas que, en virtud de especiales relaciones social-económicas, ejerce un grado especial de control sobre el acceso a los medios de producción y disfruta de un trato preferencial en la distribución de sus productos” (Burnham, 1967, p. 98), sería desplazada al no adaptarse a los cambios -sociales, políticos, tecnológicos, ideológicos-, de dicho proceso.

Así, la incorporación de personal especializado incluiría a obreros de la construcción, universitarios de áreas como las ciencias físicas y la ingeniería, así como administradores con conocimientos técnicos, siendo estos últimos a los que Burnham (1967) reconoce como supervisores, managers o gerentes de producción. Como parte de este proceso, los propietarios de los medios de producción, los burgueses, dejan en manos de los gerentes la administración de las empresas, dedicándose a otras actividades -benéficas,

culturales o al simple ocio-, por lo que los directores adquirieron mayor relevancia que los propietarios mismos.

En su proyección destacó la importancia del manejo de las fábricas y sus actividades, pues “los medios de producción son el asiento de la dominación social; quien los controle no nominal, sino realmente, controla la sociedad, ya que ésta vive gracias a ellos”; consideraba que al momento en que planteó su teoría, 1941, “el control de los grandes capitalistas, el control basado en los derechos de propiedad privada sobre los medios de producción y en el ejercicio de aquéllos es, aunque todavía real, cada vez más tenue, indirecto e intermitente” (Burnham, 1967, p. 136).

Para Sweezy (1956), la clase capitalista es la que históricamente, a través de su poder económico, ha definido la estructura política de Estados Unidos ya sea porque sus integrantes lograron ocupar importantes cargos en el gobierno, o tuvieron la capacidad de contratar a personal especializado que cumpliera dichas funciones. En este sentido, el autor norteamericano insiste en que la democracia no es más que otra forma de consolidar el dominio de un grupo selecto, de hecho, consideró que los partidos políticos –específicamente el Republicano y el Demócrata-, sólo servían a los intereses de esta clase y funcionaban como canales de transmisión de la ideología capitalista, y de esa manera controlar a las clases obrera y media.

Pese a las diferencias entre la élite por el tipo de actividad económica de la que procedían sus miembros –industrial, bancaria, financiera-, ésta se mantiene cohesionada por lo que Sweezy denomina “situación de clase”, es decir, se asumen como parte de un sector diferenciado de la sociedad con algo en común: el control

de los monopolios norteamericanos. Esta ideología se refuerza con lazos matrimoniales, formación profesional en universidades de prestigio, asociaciones formales e informales (clubes sociales, cámaras de comercio, organizaciones empresariales, iglesias), transmitiéndose de una generación a otra. Además de los partidos políticos, también difundían su ideología a través de los medios de comunicación masiva, principalmente los periódicos (como el *New York Times*) y la radio (Sweezy, 2007; Ruiz, 2009a).

Hunter y Mills coincidieron en que el despegue económico de los Estados Unidos permitió la formación de grupos compactos capaces de regir los asuntos políticos del país. Aunque Hunter (en Domhoff, 2005) se refiere exclusivamente al sector empresarial, Mills (1957) detalla que existe una triangulación de intereses entre los empresarios, los políticos y los militares a través del dominio de las principales instituciones sociales. Debido a esta asociación de intereses es que el sociólogo norteamericano prefirió utilizar el concepto “élite del poder” y no “clase dominante”, puesto que no se refiere exclusivamente a un sector en específico (Mills, 1957).

Además de ocupar lugares institucionales preeminentes, los miembros de la élite también tienen en común formas de vida que garantizan su homogeneidad: escuelas, clubes sociales y la riqueza material, lo que los coloca en un círculo social diferenciado. Estas características permiten la socialización entre grupos al interior de la élite, al punto que constituyen “una entidad social y psicológica más o menos compacta, y tienen conciencia de pertenecer a una clase social” (Mills, 1957, p. 18); por ello tienen una perspectiva similar sobre el rumbo social, así como formas de trabajo con las que puedan alcanzar sus objetivos. A decir de Mills, la situación socioeconómica es la que determina

las posibilidades de ascenso al poder, lo que refleja la desigualdad existente en Estados Unidos en los años cincuenta.

c. Dimensión histórica

Bobbio (2014) refiere que uno de los principios de legitimidad política a los que tradicionalmente han apelado las interpretaciones sobre el poder es la historia, tanto desde una perspectiva pasada como futura. En el primer caso, la tradición juega un rol fundamental en las teorías de tipo conservador para explicar el ejercicio del poder por una o varias personas desde tiempos remotos; por su parte, la segunda acepción se asocia por una fase revolucionaria que busca instituir un nuevo orden sociopolítico a partir de la expectativa en el cambio (pp. 121-123).

En este sentido, la noción histórica adquirió un papel fundamental en las construcciones teóricas sobre las élites, pues permitió explicar y, ocasionalmente, justificar sus fundamentos principales, es decir, la asimetría social y la preeminencia de una minoría en el gobierno. Así, se entiende a la historia no como método, sino como forma de interpretación de lo social y lo político a partir de acontecimientos temporalmente situados. En otras palabras, la comprensión de esta teoría “no depende de la naturaleza de los ‘datos’ que usaron para sostener sus generalizaciones”, pero sí de “sus respectivas visiones del campo histórico” (White, 1992, p. 15).

Para la tendencia clásica europea, como se afirmó previamente, existe una noción en la que el curso de la historia ha estado y seguirá siendo marcado por las minorías gobernantes, y únicamente cambiarían los criterios de acceso y permanencia al

poder. Mosca (1939), por ejemplo, buscó establecer un modelo que permitiera el análisis social buscando “leyes generales” sobre el comportamiento humano a partir de casos específicos, concluyendo que la humanidad ha transitado por diferentes estados -en dos sentidos, etapas y organización política-, y en cada uno ha dominado un tipo específico de cualidades reconocidas socialmente para conformar la élite: el valor guerrero, la riqueza monetaria o el sacerdocio.

En la antigüedad, quienes poseían la capacidad militar con mayor facilidad accedían al poder político puesto que, en teoría, responderían de forma acertada frente a los problemas colectivos. Eventualmente, esta minoría guerrera adquirió prácticamente el control sobre las tierras y sus productos, transformándola en un sector privilegiado económicamente. Ahora la riqueza, asociada a un sentido de responsabilidad, buena administración y prosperidad, sería el factor decisivo en la integración de la élite (Bolívar, 2002; Morán, 1993; Blacha, 2005).

En esa etapa de transición, la propiedad privada se vuelve el eje fundamental de la vida social, por lo que las leyes, la justicia y la autoridad girarán en torno a los propietarios. Así, “la organización política, que nosotros conocemos como *Estado feudal*” muta a uno “esencialmente diferente, que para nosotros será denominado *Estado burocrático*” (Mosca, 1939, p. 57). En forma similar, pero mucho más difusa, la *ley de hierro de la oligarquía* planteada por Michels (2001) sostiene la inevitabilidad de los liderazgos en cualquier colectivo social; aunque su estudio se centra en los partidos políticos, particularmente los socialistas, el autor alemán infiere que este proceso es la manifestación institucionalizada de lo que ocurre a escala social.

Pese a las divergencias dentro de la tendencia norteamericana, los diferentes autores coincidieron en que Estados Unidos estaba experimentando una revolución económica y social. Para Burnham (1967 y 2019), un síntoma era el ascenso de los “managers” en el control de las fábricas, proceso que tomaría cerca de ochenta años completarse, periodo durante el cual ocurrirían profundas modificaciones en el sistema político y económico de Europa y Estados Unidos.

En consecuencia, advertía la inevitable disolución de los parlamentos pues aseguraba que únicamente estaba representada la clase burguesa, misma que regulaba la actividad de partidos políticos. En la nueva sociedad, los directores ocuparían los principales puestos públicos, desplazando el centro de la soberanía nacional –el rey o el parlamento– hacia las oficinas y agencias administrativas como parte de la monopolización del poder político.

Desde su vocación marxista, Sweezy (1956) criticó la idea de Mills respecto a que Estados Unidos era una sociedad en la que el poder político está perfectamente equilibrado entre representantes de las diferentes esferas sociales -política, económica y militar-; si bien reconoce la diversidad dentro de la élite, cuestiona el que realmente exista un equilibrio de poder entre las esferas sociales. Para Sweezy pervive una clase dominante homogénea “con sus raíces profundamente hundidas en [...] el sistema corporativo” (1956, p. 147). Más tarde, la recesión económica de las décadas de 1970 y 1980 permitió a Sweezy corroborar sus postulados de que el sector empresarial dominaba la política estadounidense.

Profundizando en los postulados de Mills, éste afirma que en Estados Unidos existen asociaciones, sindicatos y partidos que representaron a sectores obreros y de pequeños propietarios, tanto rurales como urbanos. Aunque llegaron a tener alguna influencia en la política nacional, especialmente entre 1776 y 1850, la concentración de poder económico de los monopolios en la revolución industrial anuló la presencia de estas agrupaciones. Eventualmente, apareció una nueva clase intermedia, la burocracia de “cuello blanco” que sirve al Estado; sin embargo, esta clase no se encuentra organizada políticamente, pese a que cuenta con una situación económica relativamente desahogada (Fernández, 2012, pp. 319-321).

(Des)centralización de la “Familia Revolucionaria”

Dentro de la historiografía mexicana ha predominado la idea de que durante el siglo XX (1920-2000) la política nacional estuvo liderada por una élite política que compartía ciertos rasgos culturales: tener a la Revolución mexicana como referente histórico, pertenecer al Partido Revolucionario Institucional (PRI) en sus distintas facetas desde 1929 y, más importante, asumirse como detentores legítimos del poder político del país. Esta agrupación fue denominada “Familia Revolucionaria” (Krauze, 1997; Aguilar y Meyer, 2000; Medina, 2010; Knight, 2013).

Esta categoría podría interpretarse simultáneamente como histórica y de análisis. En el primero de los casos, se derivó de la propia experiencia de la etapa revolucionaria y años subsiguientes en México (1910-1940), en el que se transitó entre el sistema oligárquico porfiriano a un Estado que pretendió

establecerse como moderno, democratizando los medios para acceder al poder político y desligándolo del poder económico. Este fenómeno se vio acompañado de un grupo que aspiraba a cumplir con este y otros objetivos; los líderes militares, primero, y los civiles, después, encabezaron una serie de proyectos legales, sociales y económicos que pronto los llevarían a dominar la escena pública nacional (Aguilar y Meyer, 2000; Knight, 2013).

Las generaciones de políticos que participaron en la guerra civil y también las posteriores, comenzaron a ocupar los diferentes puestos públicos a nivel federal y estatal. Durante la década de los veinte, los contendientes recurrieron constantemente a la violencia como medio para posicionarse en el gobierno; ello, sin embargo, aumentaba las posibilidades de diluir los avances que la Revolución había legado. Rápidamente se buscó unificar a todo el sector revolucionario, incluso si hubiera dado muerte a otros contendientes en el pasado, llegando a acuerdos para definir la sucesión de poderes políticos. En 1928, luego de la muerte de Álvaro Obregón y el recrudecimiento de la violencia por la sucesión presidencial, el presidente Plutarco Elías Calles se refirió a este conglomerado como la “Familia Revolucionaria” (Medina Peña, 2010, pp. 54-56).

Para Mosca (1939) toda élite se vuelve, con el tiempo, hereditaria; a través de la sangre, en los sistemas aristocráticos, o mediante el dominio de las elecciones en los contextos democráticos (p. 51). Igualmente, Michels (2001) afirma que una minoría puede convertirse en hereditaria, no necesariamente por lazos sanguíneos, sino por su perpetuación a través de las elecciones o de la construcción de una legitimidad basada en orígenes metafísicos o históricos.

La “Familia Revolucionaria” bien se podría identificar con el último caso, pues era indispensable para cualquier aspirante a un cargo público pertenecer a ella, de lo contrario no sólo reducía considerablemente sus posibilidades de acceder a cargos públicos, sino que además se estaba en contra del gobierno. En todo caso, como familia política desarrolló un conjunto de prácticas y normas asociadas con la disciplina y la organización que rigieron gran parte de la dinámica política en el México posrevolucionario (Ruiz Sánchez, 2009b).

Inicialmente fue encabezada por caudillos militares auxiliados en las labores administrativas y públicas por profesionistas urbanos (maestros, periodistas y algunos abogados). En los años posteriores la organización de este grupo fue refinada, integrando jóvenes universitarios a la élite mexicana a través de los vehículos institucionales establecidos en la década de los treinta: un puesto municipal, afiliándose a un sindicato o al partido hegemónico. Esta tendencia se mantuvo, con matices, hasta fines del siglo (Krauze, 1997, p. 110; Knight, 2013).

La segunda connotación a la que se hizo referencia, la “Familia Revolucionaria” como categoría de análisis, ha sido recurrente para referirse a los políticos que operacionalizaron la centralización del poder político y sus respectivos mecanismos. Pese a que dentro de la historiografía contemporánea permanece aún el debate de si se logró ese cometido, se reconoce que los gobiernos posteriores a 1920 tuvieron un éxito “técnico” mediante el establecimiento y desarrollo de diferentes instituciones (leyes, organizaciones y estructuras sociopolíticas) que permitieron la supervivencia, matizada a través de los años, del régimen revolucionario (Knight, 2013, pp. 211-251).

La organización del poder disperso luego de la guerra se realizó de manera gradual a lo largo del siglo XX, a través de la adopción de modelos administrativos y políticos que, paralelamente, buscaron ser legitimados por el discurso revolucionario. Como parte de la reconstrucción del Estado, los gobernantes mexicanos desarrollaron un sistema centralizado y basado en la toma de decisiones racionales –es decir, el despliegue de políticas e instituciones que respondieran a las necesidades sociales- (Medina, 2010, p. 75).

De forma paralela a la centralización institucional, la “Familia” construyó su propio sistema de valores y prácticas para permanecer en el poder; en cuanto a su renovación, sus miembros

[...] se sirven, por ejemplo, de procedimientos convencionales, como los lazos familiares y regionales, las amistades de vieja data, las dotes carismáticas [por lo que] el proceso de democratización ha generado notables edificios institucionales que coexisten en curiosa simbiosis con costumbres ancestrales y prácticas cotidianas premodernas, particularistas y hasta irracionales (Mancilla, 2006, s/p).

Gradualmente, para mediados del siglo, los integrantes de la élite posrevolucionaria se profesionalizaron en las instituciones de educación superior a las que anteriormente sólo tenían acceso algunos integrantes de las oligarquías, aplicando sus conocimientos técnicos en las áreas administrativas de instituciones públicas y privadas. Sin embargo, para Mancilla (2006) la transición entre oligarquías y élites modernas no fue un proceso completo pues, aunque aumentó el número de profesionistas –abogados, médicos e ingenieros-, dentro de

los gobiernos, muchos elementos tradicionales permanecieron vigentes. El acceso al poder se realizó a través de medios considerados democráticos, pero una vez constituidos favorecen recursos personales para mantenerse en el puesto y extender su influencia política.

Así, diferentes conclusiones revisionistas coinciden en el carácter pragmático de la Revolución mexicana en la que convivieron diferentes proyectos de reestructuración sociopolítica después de 1920. En este proceso se había asumido que la “Familia” era un bloque monolítico e inamovible que concentró el poder político en México durante varias décadas. Sin embargo, a finales de los años 60 la multiplicación de los estudios regionales -siendo los de González (1968) y de Womack Jr. (1969) los más representativos-, comenzaron a reconocer una amplia gama de versiones y dinámicas del sector gobernante (Padua y Vanneph, 1986; Knight, 2013).

De esta forma, es posible llevar a cabo un contraste entre las tendencias analíticas que han tenido como eje principal el estudio de las élites políticas, tanto del nivel federal como de los regionales. Igualmente, partiendo de los cuestionamientos hacia las interpretaciones unilaterales respecto a la “Familia Revolucionaria”, resulta pertinente atender las características socioculturales de las élites nuevoleonesas, en lo particular, con el fin de establecer posibilidades temáticas y metodológicas de análisis.

Abordajes temáticos y metodológicos

En la fase exploratoria se identificaron cuatro líneas temáticas las cuales se detallan a continuación.

1. *Élite federal*

Cabe aclarar que se habla de federal y no nacional, en el sentido que sus respectivos objetos de investigación se centran en diversos personajes que ocuparon cargos públicos en aquel nivel de gobierno: presidente de la república, senadores, diputados federales, líderes sindicales, presidentes de partidos políticos (Revolucionario Institucional y Acción Nacional, especialmente) y, ocasionalmente, menciones a algunos gobernadores de diferentes entidades federativas, miembros del Poder Judicial y del ejército (Smith, 1981; Camp, 1981 y 2006; Hernández, 2015).

En términos generales, los autores indagan aspectos tales como la formación educativa, los antecedentes familiares, el interés de los sujetos en cuestión por la actividad política, las redes de amistades y la experiencia profesional, tanto dentro como fuera de la esfera pública. La búsqueda de esta información es fundamental para la reconstrucción de las formas de socialización entre los miembros de la élite, los medios de reclutamiento de nuevos miembros, así como tendencias en la circulación de los integrantes de la élite en diferentes puestos como funcionarios.

Los investigadores coinciden en que la élite política en el México posrevolucionario, es decir, aquella que se comenzó a integrar después de terminada la fase armada del conflicto (1920), estuvo integrada principalmente por personas procedentes de la clase media urbana, que recibió instrucción formal universitaria –especialmente abogados–, razón por la que la califican como “élite educada”.

Respecto a este último punto, la universidad aparece como un espacio propicio para el estudio parcial de la élite política mexi-

cana por, al menos, tres razones: en primera instancia, porque es en esa etapa en que surge con mayor fuerza el interés hacia la actividad política, especialmente por la influencia que los estudiantes recibieron de sus maestros, así como por las diferentes actividades realizadas a lo largo de la formación (lecturas, debates, periódico escolar, participación en comités estudiantiles, etc.). Segundo, la universidad es entendida como un espacio de socialización profesional y fraternal en la que los estudiantes forjaron vínculos que, en años posteriores, les permitieron integrarse a la burocracia federal.

Finalmente, destacan la importancia de estudiar el *Alma Mater* de los políticos ya que indica algunos aspectos de su situación socioeconómica; al centrarse en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), los investigadores detectan que muchos de los sujetos son foráneos, de una clase media que pudo costear, total o parcialmente, la educación de su(s) hijo(s) en una universidad pública en la capital del país.

Todas estas características se tornan importantes cuando se desea identificar la tendencia ideológica de algunos políticos en particular, su desempeño al frente de un cargo público, la forma de ingreso y la permanencia dentro de la élite política. Cabe señalar que estos investigadores destacan, sin profundizar en ello, la importancia de analizar las formas de vinculación informal (clientelismo, padrinazgos, corrupción, etc.) para ampliar la comprensión sobre las élites.

2. *Élites regionales*

Estos trabajos de investigación se dedicaron al análisis de la composición y actividades de las élites en los estados de México, San Luis Potosí, Jalisco, Puebla, Yucatán (Hurtado, 1996; Falcón,

1984; Hernández, 1998; Ruiz, 2009b; Sauri, 2016; Sánchez, 2018). Como en el primer caso, también les interesa la formación académica y la experiencia política como elementos de análisis, sin embargo, profundizan en las élites “hereditarias”, ya fuera en un sentido literal (clanes familiares con lazos sanguíneos) o a grupos que giraban en torno a un personaje específico que controlaron la actividad política en diferentes momentos del siglo XX.

Lo anterior se ha atribuido a dos motivos esenciales. En primer lugar, a los vínculos de diferentes personajes del ámbito local con miembros de la élite nacional: diputados locales que generaron amistad con senadores o miembros del gabinete, o incluso con el propio presidente de la república, por ejemplo. De regreso en sus lugares de origen contaban con el suficiente apoyo desde la capital para establecer un sistema de organización basado en los compromisos informales, mencionados anteriormente.

En otros espacios, la formación y composición de la élite dependió del desarrollo económico, ya fuera tradicional (agricultura o ganadería) o moderno (industria mecanizada). Algunos grupos propietarios ganaron suficiente credibilidad social como para ocupar cargos públicos; en otros casos, utilizaron su poder financiero para incorporarse a la vida pública, ya fuera a través de negociaciones, sobornos o chantaje.

En este sentido, los estudios regionales pueden profundizar más sobre aspectos anecdóticos o íntimos de la vida política en sus respectivos espacios, puesto que disponen de fuentes en que se aprecian esos detalles: diarios personales o memorias, tradición oral, crónicas municipales y genealogías familiares. A partir de la información recuperada por estos investigadores, es posible

reconstruir una parte de la cultura política desde las prácticas de sujetos en diferentes espacios del país.

Caso particular es el relacionado con el estado nortero de Sonora, pues su estudio va de la dimensión local a la nacional, desde la revolución mexicana con la participación de una élite económica y militar que se llegó a posicionar en las altas esferas políticas del país durante las décadas de los veinte y treinta del siglo XX, y no se limitaron sólo a su espacio inmediato (Aguilar Camín, 1977; Radding, 1985; Vázquez y Hernández, 2001).

Algo similar ocurre con los trabajos relacionados con los vecinos estados de Coahuila y Tamaulipas. En el primer caso, se ha considerado que la fuerte influencia política desde la Ciudad de México, derivado de la oposición entre facciones políticas (particularmente el carrancismo imperante en Coahuila frente al Grupo Sonora), imposibilitó la consolidación de uno o varios grupos que representarían los intereses locales (Santoscoy, Gutiérrez, Rodríguez y Cepeda, 2000). En lo que respecta a Tamaulipas, las interpretaciones apuntan hacia una transición entre un cacicazgo liderado por Emilio Portes Gil, desmantelado durante la presidencia de Miguel Alemán para dar paso a un sistema influido directamente por el gobierno federal. Aunado a ello, en aquella entidad predominaron grupos regionales con perfiles muy diferentes que tuvieron cierta influencia en sus respectivas zonas geoeconómicas, pero no a nivel estatal (Alvarado, 1992; y Alonso, 2016).

3. *Élite empresarial de Nuevo León*

Al respecto, el interés por parte de los historiadores ha girado en torno a la relación entre diferentes agentes que transitaban de la acumulación previa de capital –originada por el comercio, la

minería, la ganadería y la producción agrícola, hacia la inversión en la industria mecanizada desde mediados del siglo XIX y las primeras tres cuartas partes del siglo XX. Estas investigaciones se desarrollan a partir de diferentes criterios. Uno de ellos tiene que ver con la “naturaleza” de la élite, es decir, ubicar a sus integrantes y las razones que los llevaron a relacionarse, tanto familiar como económicamente.

Los estudios de Cerutti (1983) y Saragoza (1988) indagan al respecto; el primero lo aborda desde la historia económica, señalando que los lazos matrimoniales fortalecieron las asociaciones de capital, constituyendo una élite económica que permitió ampliar las inversiones y las ganancias. De forma pormenorizada, Cerutti (1983) establece el sistema de redes familiares y financieras surgidas en la década de 1880 y que se extendieron por los siguientes decenios, haciendo una genealogía de familias empresariales con los apellidos más connotados de la localidad: Garza, Sada, Muguerza, Ferrara, Milmo, Rivera, Hernández, Zambrano, entre otras.

Igualmente, detecta la participación de este sector en diversas áreas de inversión, diferenciándose de otros estudios pues no sólo por evitar una recopilación reduccionista de nombres y apellidos, sino que se enfoca en la formación de redes previamente señaladas. La intención de su trabajo no sólo era analizar las formas capitalistas de producción en el noreste de México a finales del siglo XIX y principios del XX, pues “simultáneamente se pretende observar el nacimiento y articulación de su principal beneficiaria: Una burguesía con base regional, de Monterrey, que se estructuraría como fracción de la moderna clase dominante mexicana en los veinte años previos a la Revolución” (Cerutti, 1983, p. 11).

Por su parte, Saragoza (1988) se interesa por la influencia sociocultural y la participación política de este sector social. Además de retomar el modelo de redes propuesto por Cerutti, Saragoza (2008) propone voltear a ver la presencia de la élite en áreas diferentes a la económica, tales como el diseño de instituciones educativas, el papel activo de las mujeres, la relación de los miembros de la élite con el clero. Sin embargo, el punto central de ese estudio es la situación de la élite empresarial con el Estado posrevolucionario, tanto los conflictos generados por desacuerdos sobre la legislación laboral, así como medidas en torno a la inversión. Del mismo modo, se preocupa por estudiar la participación de la élite en la política local, tanto como funcionarios electos, así como parte de la oposición política a través de asociaciones y posteriormente con el Partido Acción Nacional.

Sobre el papel político de este sector, arguye que

La densidad de estos lazos da una extraordinaria coherencia a la fachada pública del grupo, así como sus puntos de vista de políticos que motivaban una percepción de uniformidad monolítica entre la élite de Monterrey [...]. De este modo, a medida que los industriales de Nuevo León enfrentaban al Estado, los choques contribuyeron al apretar la red de recursos a su disposición. Asimismo, opuestos con el gobierno desarrollaron un carácter ideológico que acentuó su unicidad y ocultó cualquier discordia interna. (Saragoza, 1988, pp. 20-22).

En un sentido similar se encuentra la actuación de la élite empresarial en momentos específicos del siglo XX en el ámbito político, particularmente en los años revolucionarios, así como los inmediatos al término de la fase armada del conflicto. Tal es el caso de Flores (1991), cuyo trabajo analiza la presencia

directa e indirecta de este sector en el gobierno, pues algunos de sus miembros ocuparon provisionalmente la gubernatura, algunas alcaldías y diputaciones con el fin de mantener activa la administración pública y, con ello, reducir las posibilidades de ver afectado su patrimonio a causa de la inestabilidad política. Como ejemplo ilustrativo describe que

En enero de 1915, el grueso de las tropas carrancistas entraba en la ciudad [...] los socios de la Cámara de Comercio y los cónsules extranjeros, acordaron crear un centro urbano de decisiones, una especie de ‘comuna empresarial’, en sustitución del gobierno nuevamente errante de Antonio I. Villarreal. [Y aclara que] el término ‘comuna empresarial’ fue utilizado durante 1915 para definir la administración municipal por parte de los empresarios (Flores, 1991, p. 133).

Igualmente, Pérez Daniel (2013) considera que la élite empresarial tuvo una injerencia indiscutible en los asuntos públicos, definiéndola como “modernizadora” al influir en la toma de decisiones de diferentes gobernadores en las décadas de los veinte y los treinta, a través del establecimiento de la agenda pública y la administración del erario.

4. *Clase política de Nuevo León. Siglo XIX*

Este sector social del ámbito local se mantuvo como parte del legado colonial, la renovación de los cargos públicos se limitó a una clase política integrada por individuos que compartían intereses ideológicos y económicos. En última instancia, las diferencias entre los grupos “no eran de carácter estructural, tenían que ver con el deseo de perpetuarse en las posiciones de poder de los miembros más destacados de la élite y, en menor

medida, con la impaciencia de algunos por acelerar las medidas liberalizantes [sic]” en favor de un sistema que promoviera el desarrollo y protección de la propiedad privada (Galindo, 2005, pp. 141-142).

La élite agrupó a agentes de diferentes ámbitos –comerciantes, terratenientes, abogados, miembros del clero secular-, que ocupó los puestos en los ayuntamientos, la gubernatura, el congreso y el ejército; además, encabezaron las juntas electorales y patrióticas. Es decir, prácticamente regularon la vida política del estado durante la primera mitad del siglo XIX. Este éxito se debió a diferentes factores; primero, por la estrechez de sus vínculos familiares. Aunado a ello estuvo la acumulación de la riqueza, pues los clanes procedían de zonas económicamente activas: Valle del Pilón (Montemorelos), Linares y Cadereyta, lugares que albergaban sus propiedades agrícolas y ganaderas (Galindo, 2005; Martínez Wong, 2012; y Domínguez García, 2016).

Dado que los poderes políticos y religiosos se asentaban en Monterrey, que aún no destacaba económicamente, los grupos familiares mantuvieron lazos con el sector ilustrado de la capital del Estado. Finalmente, “la ausencia de una clase media en la región evitó que se suscitara molestas discusiones en cuanto a la composición del congreso del estado y de los representantes enviados al congreso Federal”; por otro lado, “tampoco se observa una disociación entre la clase propietaria, los integrantes de la terratenencia rural y urbana también desarrollaban las principales actividades mercantiles y crediticias” (Galindo, 2005, p. 162).

Tabla 1. Líneas temáticas en los estudios nacionales y regionales

Tema	Abordaje	Textos
Élite federal	Formación y socialización de integrantes de los cargos públicos de instancia federal: presidente, senadores, diputados federales, secretarios de Estado, presidentes de partido, entre otros.	Smith, 1981; Camp, 1981 y 2006; Hernández, 2015.
Estudios regionales	Destacan los vínculos familiares y de amistad entre grupos políticos fuera de la Ciudad de México. Gobernadores, caciques, alcaldes, miembros de los ayuntamientos de entidades específicas: Puebla, Sonora, Yucatán, Jalisco, Coahuila, Tamaulipas, San Luis Potosí, Estado de México, Hidalgo, etc.	Aguilar Camín, 1977; Falcón, 1984; Radding, 1985; Alvarado, 1992; Hurtado, 1996; Hernández, 1998; Santoscoy, Gutiérrez, Rodríguez y Cepeda, 2000; Vázquez y Hernández, 2001; Richards, 2006; Ruiz, 2009b; Sauri, 2016; Alonso, 2016; Sánchez, 2018; Arellano Ríos, 2018; Valencia Castrejón, 2020.
Élite empresarial en Nuevo León	Grupos económicos con cierta influencia en la política local, formados entre 1890 y 1940. Resaltan los lazos matrimoniales-parentales y de colaboración financiera (inversiones).	Cerutti, 1983; Flores, 1991; Saragoza, 2008; Snodgrass, 2008; Pérez Daniel, 2013.
Clase política de Nuevo León	Composición y sistema de relaciones entre los miembros de este sector en la primera mitad del siglo XIX. Enfatizan la frecuencia de cargos públicos ocupados.	Galindo, 2005; Martínez Wong, 2012; Domínguez García, 2016.

Fuente: Elaboración propia a partir de los trabajos consultados.

En este sentido, la élite o los *notables*, según el vocabulario de la época, eran “personas que poseen influencias y poder por su sólida base económico-social reforzada políticamente por apoyos interesados y clientelares”; dichas familias “buscaban el

progreso económico y la modernización de sus ciudades; para lograr sus metas construyeron redes económicas, familiares y políticas” (Domínguez, 2016, p. 227). Al mismo tiempo, asegura que en estudios previos “habíamos percibido a la élite de Nuevo León como un grupo altamente cohesionado por sus relaciones de parentesco y mayormente endogámico. Al menos para este periodo, se conoce poco sobre los nexos de este grupo fuera del estado”; considera que “puede hablarse de algunos nexos de carácter económico y comercial con gente de Tampico, San Luis Potosí, Guanajuato y Querétaro” (Domínguez, 2016, p. 228).

En lo que respecta a las metodologías de análisis, se identificaron al menos cinco propuestas diferentes, algunas señaladas explícitamente por los/as investigadores/as o se infirieron a partir del desarrollo del trabajo. Estos métodos son: estadístico-secuencial, descriptivo-lineal, descriptivo-comparativo, de redes y mixto.

1. *Estadístico-secuencial*

Implica un método sumamente complejo y especializado, puesto que se basa en el uso de fórmulas estadísticas –de ahí su nombre–, para “descubrir tendencias y regularidades en el reclutamiento de las élites” con un “enfoque implacablemente empírico” (Smith, 1981, p. 19). Smith (1981), parte del supuesto de que “en términos operativos en el grueso de este estudio la élite política del siglo XX estaría definida como el grupo de personas que han ocupado un cargo público de importancia a nivel nacional [presidencia, secretarios de Estado, senadores, etc.] en cualquier momento del periodo comprendido entre 1900 y 1971” (p. 19).

Como parte de su proyecto, el investigador no sólo enumera las razones que lo llevaron a utilizar este método, sino que explica el procedimiento al respecto:

Al incluir un número tan elevado de personas [6,302] traté de superar las simples generalidades y las anécdotas de incidentes que giran en torno al tema, buscando descubrir a través de métodos cuantitativos (y con la ayuda de una computadora) patrones recurrentes y regularidades. Más aún, he tratado de indicar fenómenos particulares no sólo si es que los ha habido, sino que también he tratado de determinar cuestiones de grado: cuántos, qué tanto, qué tan frecuentemente y por cuánto tiempo. Así pues, mi objetivo ha sido introducir un nuevo nivel de precisión en las discusiones en torno a la formación de las élites en México en el siglo XX (Smith, 1981, p. 19).

En el mismo sentido se encuentra la investigación de Hurtado (1996) el cual se basa en índices y categorías numéricas para identificar la regularidad de circulación, permanencia y salida de miembros de la élite en el estado de Jalisco. Adicionalmente, recurre al modelo descriptivo-lineal con el fin de rastrear los datos numéricos en una trayectoria de, por lo menos, 45 años, definiendo las características de los participantes en cada periodo gubernamental encontrado en ese lapso.

Se trata, pues, de estudios muy especializados pero que corren el riesgo de caer en reduccionismos, puesto que prácticamente reconstruye el escenario histórico sólo a partir de datos numéricos. Sin embargo, esa información constituye una base de datos elemental para el estudio de las élites, pues no puede descartarse la información arrojada por el trabajo en cuestión. Aunque las otras investigaciones consultadas para este trabajo

no señalan con claridad el método al que recurrieron, muestran algunos recursos que sirven de base para su clasificación.

2. *Descriptivos lineales*

Detallan la composición de grupos específicos en periodos que varían entre la corta y media duración, pero no profundizan en las relaciones existentes entre los individuos que los conforman. En no pocas ocasiones, únicamente se limitan a enlistar nombres, cargos, lugar de origen o edad de los sujetos investigados, casi siempre en forma cronológica (Hernández, 1998; Galindo, 2005; Martínez, 2012).

3. *Descriptivo comparativo*

Si bien coincide con el anterior en el hecho de que se preocupa por puntualizar la composición de élites políticas, empresariales o de otra naturaleza, lleva a cabo un esfuerzo por contrastar las características recopiladas respecto a otro grupo. La intención de esta metodología es identificar semejanzas y diferencias en un mismo o diferente plano geográfico o temporal, y entender la diversidad de sistemas existentes. En el caso de Sauri Riancho (2016), se realiza una comparación entre Yucatán y Nuevo León, pues le interesa profundizar sobre “el proceso histórico de formación de las desigualdades regionales”; en él “asigna un papel explicativo de las desigualdades actuales a las relaciones entre el Estado y las élites de las respectivas regiones: su naturaleza y las características específicas de su conformación, así como a las instituciones que dieron origen” (Sauri, 2016, s/p).

Recurriendo al “enfoque y el método de la historia comparativa, se analizan los valores, actitudes, tradiciones y

prácticas culturales de las élites de las regiones de Yucatán y Nuevo León, que definieron y a la vez, fueron influidas por las formas, ritmos, tensiones y resistencias de estas relaciones” (Sauri, 2016, s/p).

4. *Análisis de redes*

Ésta se preocupa por comprender las interacciones entre individuos involucrados en el ámbito político. Retomada de otras disciplinas, como la antropología y la sociología, “ha demostrado ser útil para los estudios históricos sobre el ejercicio del poder, el desarrollo de la economía y la historia de la familia. Los trabajos de este tipo pueden ser de dos tipos: el análisis relacional, vinculado al método deductivo y el análisis de redes vinculado al método inductivo” (Domínguez, 2016, p. 243).

En cuanto al análisis relacional, éste utiliza generalmente en grupos, entendidos como un “conjunto estructurado de individuos vinculados por una serie de relaciones personales, efectivas y más o menos duraderas, de parentesco, de amistad, de patronazgo, de vecindad y paisanaje, profesionales, confesionales, asociativas” (Domínguez, 2016, p. 243). Siguiendo esta lógica, los análisis “son cualitativos, y permite observar los distintos tipos de vínculos entre los actores sociales [y] es muy útil para el estudio de grupos de poder, facciones políticas, oligarquías locales, clientelas, grupos mercantiles y financieros, entre otros” (Domínguez, 2016, p. 243).

Por otra parte, en lo que respecta al análisis de redes, se basa en una propuesta de tipo sociológico para reconstruir y examinar diferentes conjuntos de asociaciones entre sujetos; como parte de las ventajas de usar este método es que “permite llevar a cabo un

análisis efectivo de las redes sociales, entendiendo a la red como ‘un conjunto específico de conexiones entre un definido grupo de personas, [mismas que] pueden usarse para interpretar el comportamiento social de las personas implicadas’” (Domínguez, 2016, p. 244). Adicionalmente, “con este tipo de trabajo se puede reconstruir y analizar el conjunto de relaciones de un personaje en un periodo determinado, es decir, una red ego-centrada” (Domínguez, 2016, p. 244). En la mayoría de los casos se optó por el primer modelo, puesto que la información disponible para abordar el objeto de estudio fue reducida (Cerutti, 1983; Saragoza, 2008; Ruiz, 2009b; y Domínguez, 2016).

5. *Estudios mixtos*

En estos casos recurrieron a por lo menos dos de los métodos descritos con anterioridad. En este sentido, hay autores que para profundizar acerca de la formación de grupos, así como identificar las características de sus integrantes se pueden recurrir a diferentes métodos (véase Camp, 1981). Otra de las alternativas para los investigadores es recurrir a “una metodología tomada en parte la tradición de la historia oral, conversar con muchos sobrevivientes que participaron en este drama social y político, procurando registrar y analizar sus opiniones sobre sus actividades y valores, así como sobre las decisiones que tomaron” (Camp, 1981, p. 11).

Y aunque “ningún enfoque es en esencia mejor que el otro” (Camp, 1981, p. 11), la combinación de ellos puede derivar en una comprensión más integral de los fenómenos en cuestión. Camp (1981), en particular, en un primer momento un sistema mixto, puesto que lo consideraba que era poco usual en su época, pero

lo cierto es que se apoya en el modelo estadístico para detallar algunos aspectos como los índices educativos o de la situación socioeconómica, pero no llega a un nivel tan especializado como los hicieran Smith (1981) y Hurtado (1996).

Tabla 2. Métodos utilizados en los estudios nacionales y regionales

Método	Descripción	Textos
Estadístico-secuencial	Búsqueda de tendencias y regularidades en el comportamiento de las élites. Recurre a fórmulas estadísticas.	Smith, 1981; Hurtado, 1996.
Descriptivo-lineal	Detallan la composición y transformación a lo largo de periodos cortos y medios; profundizan en un aspecto en particular de la élite o trayectorias de individuos pertenecientes a ella.	Aguilar, 1977; Falcón, 1984; Radding, 1985; Flores, 1991; Santoscoy, Gutiérrez, Rodríguez y Cepeda, 2000; Vázquez y Hernández, 2001; Galindo, 2005; Richards, 2006; Snodgrass, 2008; Saragoza, 2008; Martínez Wong, 2012; Pérez, 2013; Alonso, 2016; Sánchez, 2018; Valencia Castrejón, 2020.
Descriptivo-comparativo	Contrasta las características entre dos o más élites, ya sea de manera longitudinal o transversal.	Hernández, 2015; Sauri, 2016; Arellano Ríos, 2018.
De redes-egocentradas o prosopográfico	Describe y analiza los sistemas de relaciones entre los integrantes de las élites, en forma transversal o longitudinal.	Cerutti, 1983; Alvarado, 1992; Hernández, 1998; Ruiz, 2009b; Domínguez García, 2016.
Mixto	Combina dos o más métodos de análisis o técnicas de investigación.	Camp, 1981 y 2006.

Fuente: Elaboración propia a partir de los trabajos consultados

Consideraciones finales

Los trabajos aquí revisados no son los únicos existentes, sin embargo, se dio cuenta de las principales propuestas desarrolladas en los últimos 40 años sobre el tema de las élites. Un aspecto por resaltar es el hecho de que ninguna de las dos corrientes teóricas resulta dominante como marco referencial, pues dentro de las discusiones de los diferentes estudios -al menos en los que las explicitan- resaltan las debilidades de cada una de ellas; esta situación es atribuida a los contextos socioculturales en los cuales fueron producidas. Sin embargo, resulta viable vincular preceptos de ambas tendencias para establecer una definición conciliatoria, o por lo menos operativa, de la élite que permita comprender su composición interna tanto como su relación con el sistema en el que participan (Smith, 1981; Camp, 2006; Sauri, 2016; Domínguez, 2016; Arellano Ríos, 2018).

En este sentido, los estudios revisados retoman de las tendencias teóricas sobre las élites el priorizar la idea del asociacionismo por interés común el cual es el poder político. Dentro de este grupo selecto predomina una organización interna semiestructurada la cual establece criterios para la incorporación y permanencia de sus integrantes, hasta cierto punto ajena a la colectividad. Por otro lado, las “cualidades” que los miembros de la élite deben poseer constan de recursos materiales y metafísicos percibidos, por la sociedad o la misma élite, como fundamentales para encargarse de los asuntos públicos.

Debido a lo anterior existe una constante pugna entre agentes para ocupar un lugar dentro de la élite, estableciendo alianzas, compromisos y otras formas de colaboración.

Finalmente, apelar a la historia como recurso de legitimidad se identifica como fuente de sustento en la “Familia revolucionaria”; cabe destacar se registran las dos acepciones de legitimación histórica, tanto pasada como futura, dando como resultado una asociación entre lo tradicional y lo moderno dentro del clan posrevolucionario.

Por su parte, la variedad de los procedimientos metodológicos evidencia no sólo los objetivos particulares planteados por las y los investigadores, sino también las posibilidades de estudio. Los estudios de tipo descriptivo-lineal han representado la ruta más frecuente para abordar a las élites mexicanas, mientras que otras propuestas cuentan con una preferencia menor y esporádica. De la misma forma, se detectó una tendencia a la especialización disciplinar pues únicamente en escasos ejemplos existe una relación trans o interdisciplinaria, especialmente entre la ciencia política, la sociología y la historia. Sobre esta última área del conocimiento, también resulta pertinente señalar que ha tenido un rol ambivalente, que va desde una perspectiva central como complementaria para la contextualización del fenómeno estudiado.

En cuanto a los estudios del ámbito local, resaltan aquellos centrados en el sector empresarial organizado durante el Porfiriato y sus respectivas transformaciones en el periodo posrevolucionario y en la clase política de origen aristocrático colonial que dominó el ámbito público por lo menos hasta mediados del siglo XIX. En este sentido, no se detectó ningún trabajo sistemático de investigación en torno a la élite política nuevoleonese del siglo XX.

Si bien el de Pérez Daniel (2013) ofrece algunos rasgos concluye a principios de la década de los treinta, aunque en una investigación previa (Pérez Daniel, 2002) reconstruye parte de la dinámica política a través de los integrantes del Partido Acción Nacional, ligados al ámbito empresarial, entre 1939 y 1946. Esta situación representa una veta para el abordaje del sector gobernante en Nuevo León pues, como evidencian las investigaciones consultadas para otras latitudes, estos grupos han tenido amplia influencia en la vida política y social, especialmente en centros poblacionales clave del México contemporáneo.

¿Cuáles han sido los principales abordajes temáticos sobre este agente social?; ¿qué aspectos metodológicos destacan en estas propuestas?; ¿qué interpretaciones se desprenden de los trabajos existentes?; ¿qué otras posibilidades analíticas pueden desarrollarse?

Referencias

Bibliográficas

Aguilar Camín, H. (1977). *La frontera nómada: Sonora y la Revolución mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica.

Aguilar Camín, H. y Meyer, L. (2000). *A la sombra de la Revolución mexicana*. México. Cal y Arena.

Alonso Pérez, P. (2016). *Régimen autoritario y movimientos sociales en Tamaulipas. La difícil transformación política de una entidad del noreste mexicano*. Tesis para optar por el grado de doctor en historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Alvarado Mendoza, A. (1992). *El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario*. México: El Colegio de México.

Álvarez-Gayou Jurgenson, J.L. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós.

Alzás, T., Casas, L., Luengo, R., Torres, J. y, Verissimo, S. (2016). Revisión metodológica de la triangulación como estrategia de investigación (639-648). En *Atas do 5º Congresso Iberoamericano em Investigação Qualitativa. Investigação Qualitativa nas Ciências Sociais*. Porto: Portugal.

Arellano Ríos, A. (Coord.) (2018). *Procesos y estructuras en élites mexicanas*. México: El Colegio de Jalisco/Universidad Autónoma Metropolitana.

Benedicto, J. y Morán, M. (Eds.) (2009). *Sociedad y política: temas de sociología política*. Madrid: Alianza Editorial.

Bobbio, N. (2014). *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Burnham, J. (2019). *The Machiavellians. Defenders of freedom*. USA: Lume Books.

_____ (1967). *La revolución de los directores*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Camp, R. A. (2006). *Las élites del poder político en México*. México: Siglo XXI Editores.

_____ (1981). *La formación de un gobernante. La socialización de los líderes políticos en el México posrevolucionario*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Cisneros, I. (2014). "Gaetano Mosca: la clase política y la minoría gobernante" (158-169). En *Norberto Bobbio. De la razón de Estado al gobierno democrático*. Guadalajara, Jal.: Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco.
- Cerutti, M. (1983). *Burguesía y capitalismo en Monterrey 1850-1910*. Monterrey, N.L.: Archivo General del Estado de Nuevo León.
- Domínguez García, C. R. (2016). *Institucionalización del gobierno, consolidación territorial y redes políticas regiomontanas en Nuevo León durante la Primera República*. Tesis para optar por el grado de doctora en humanidades. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.
- Falcón, R. (1984). *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí, 1910-1938*. México: El Colegio de México.
- Flores Torres, Ó. (1991). *Burguesía, militares y movimiento obrero en Monterrey, 1909-1923*. Monterrey, N.L.: Facultad de Filosofía y Letras- Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Galindo, B. (2005) La clase política nuevoleonesa. En *El provincialismo nuevoleonés en la época de Parás Ballesteros 1822-1850*. Monterrey, N.L.: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- González y González, L. (1968). *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.
- Hernández Rodríguez, R. (2015). *Presidencialismo y hombres fuertes en México. La sucesión presidencial de 1958*. México: El Colegio de México.
- _____ (1998). *Amistades, compromisos y lealtades: Líderes y grupos políticos en el Estado de México (1942-1993)*. México: El Colegio de México.

- Imízcoz Beunza, J. M. (2009). Las redes sociales de las élites. Conceptos, fuentes y aplicaciones. En Soria Mesa, E., Bravo Caro, J. y Delgado Barbado, J. (Eds.) *Las élites de la época moderna: la monarquía española. Tomo I: nuevas perspectivas*. Córdoba, España: Universidad de Córdoba.
- Knight, A. (2013). *La Revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados. México 1910-1940*. México: Fondo de Cultura Económica/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
- Krauze, E. (1997). *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano*. México: Tusquets.
- Martínez Wong, M. (2012). *La Gazeta Constitucional de Nuevo León, portavoz de la élite en el poder durante la primera República Federal (1826-1835)*. Tesis presentada para obtener el grado de Maestra en Comunicaciones. Guadalajara, Jal.: Universidad de Guadalajara.
- Medina Peña, L. (2010). *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-2000*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Michels, R. (2001). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna. Tomo I*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Mills, C. W. (1957). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morán, M. (1993). La teoría de las élites. En Vallespín, F. (Ed.). *Historia de la teoría política. Tomo V*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mosca, G. (1939). *The ruling class*. New York: McGraw-Hill Book Company.

Padua, J. y Vannep, A. (Coord.) (1986). *Poder local, poder regional*. México: El Colegio de México/CEMCA.

Pareto, V. (2013). *Forma y equilibrios sociales [selección]*. Selección de Giorgio Braga. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

_____ (1935). *The mind and the society [Trattato di Sociologia generale]. Volume one Non-logical conduct*. Edited by Arthur Linvigston. New York: Hardcourt, Brace and Company.

Pérez Daniel, G. H. (2013). *Historia política de Nuevo León. Hacia una historia de la esfera pública neolonesa*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

_____ (2002). *Los primeros años del PAN en Nuevo León 1939-1946. Una historia del desarrollo organizativo*. San Nicolás de los Garza, N.L.: Universidad Autónoma de Nuevo León.

Richards, M. (2006). *The elite of Hidalgo State, Mexico: the Grupo Huichapan, 1937-2005*. Tesis de doctorado. Universidad de Gales.

Sánchez García, K. (2018). El PRI y el periodo de consolidación hegemónica (1942-1974). En Muñoz Armenta, Aldo Coord., *Historia de los partidos políticos en el Estado de México (1913-2017)*. México: Instituto Electoral del Estado de México.

Santoscoy, M., Gutiérrez, L., Rodríguez, M. y Cepeda, F. (2000). *Breve historia de Coahuila*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.

Saragoza, A. (2008). *La élite de Monterrey y el Estado Mexicano*. Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León.

Sauri Riancho, D. M. (2016). *Élites y desigualdad regional. Los casos de Yucatán y Nuevo León*. Tesis para optar por el grado de doctora en Historia. Mérida: CIESAS Sureste.

Smith, P. H. (1981). *Los laberintos del poder en México. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México.

Snodgrass, M. (2008). *Deferencia y desafío. Paternalismo, trabajadores y revolución en México 1890-1950*. Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León.

Sweezy, P. M. (2007). *Teoría del desarrollo capitalista. Principios de la economía política de Marx*. Barcelona: Hacer.

Touraine, A. (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago, Chile: PRELAC.

Valencia Castejón, S. (2020). *Poder regional y política nacional en México. El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla (1937-1941)*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

White, H. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Womack Jr., J. (1969). *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI.

Hemerográficas

Bahena Armillas, E. (2020). "Las teorías de las élites desde el vínculo agente-estructura". *Estudios Políticos*, (49).

Blacha, L. (2005). "¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas". *Revista THEOMAI*, (12).

- Bolívar, R. (2002). “La teoría de las élites en Pareto, Mosca y Michels”. *Iztapalapa*, 23(52).
- Bonilla Sánchez, A. (2005). “Paul M. Sweezy. Un gran marxista”. *Problemas del desarrollo. Revista latinoamericana de economía*, 36(140).
- Busquets, J., Sarlo, Ó. y Delbono, A. (2015). “La recepción de Maquiavelo y los neo-maquiavelistas en la Ciencia Política, con especial referencia al caso uruguayo (1957-1985)”. *Revista de la Facultad de Derecho. Universidad de la República (Uruguay)*, (38).
- Carasa, P. (2001). “De la Burguesía a las Élites, entre la ambigüedad y la renovación conceptual”. *Ayer*, (42).
- Dahl, R. (1958). “A Critique of the Ruling Elite Model”. *The American Political Science Review*, 52(2).
- Domhoff, G. W. (2005). “Atlanta: Floyd Hunter Was Right”. *Who Rules America?* Disponible en: <https://whorulesamerica.ucsc.edu/local/atlanta.html>
- Estrada Álvarez, J. y Puello-Socarrás, J. (2006). “Élites, Intelectuales y Tecnocracia. Calidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual”. *Colombia internacional*, (62).
- Fernández Cardoso, S. (2012). “Un regreso a C. Wright Mills: Sociedad y poder”. *Desafíos*, 24(1).
- Hernández Rodríguez, R. (1997). “Los grupos políticos en México. Una revisión teórica”. *Estudios sociológicos*, XV (41).
- Hirchsman, A. (2014). “Cómo se difundió Keynes desde Estados Unidos”. *Revista de Economía Institucional*, 16 (30).
- Hurtado, J. (1996). “La clase política jalisciense 1947-1992”. *Espiral*, II (5).

- Jerez Mir, M. (1982). “Corrientes científico-políticas en el tema de la élite norteamericana”. *Revista de Estudios Políticos*, 29.
- Lerner, B. (1979). México: una burocracia gobernante (Discusión conceptual). *Revista Mexicana de Sociología*, 41 (2).
- Mancilla, H.C.F. (2006). “Las transformaciones de las élites políticas en América Latina. Una visión inusual de la temática”. *Revista de ciencias sociales. Maracaibo*, XII (1).
- O’Neil, D. (1994), “The Political Philosophy of James Burnham”. *International Journal of Social Economics*, 21(2/3/4/).
- Oskunda Benavides, M., y Gómez-Restrepo, C. (2005). Métodos en investigación cualitativa: triangulación. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, XXXIV, (1).
- Parsons, T. (1957). “The distribution of power in American society”. *World politics*, 10 (1).
- Radding, C. (1985), “Sonora y los sonorenses: el proceso social de la revolución de 1910”, *Secuencia* (3).
- Ruiz Sánchez, J. (2009a). “Teoría política norteamericana sobre las élites. Su vigencia en el contexto político y económico actual”. *Espacios Públicos*, 12 (26).
- _____ (2009b). “Poder local y clientelismo político en Puebla. El caso de la familia Ávila Camacho”. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 30 (119).
- Stone, C. N. (1988). “Floyd Hunter’s ‘Community Power Structure’ Reconsidered”. *American Journal of Political Science*, 32 (1).
- Sweezy, P. M. (1956). “Power class or ruling class?”. *Monthly review*, 8 (5).